

tecimientos histórico-políticos han convencido a los gobiernos de Estados Unidos de que son los guardianes de la humanidad, de acuerdo a sus teorías y a sus prácticas. ¿Cuántas dictaduras latinoamericanas se han mantenido y sobreviven por el apoyo de Estados Unidos?

La antítesis de términos como dictadura y derechos humanos, y la justificación de las dictaduras como defensoras de la sociedad contra elementos ajenos, son estudiados y analizados pormenorizadamente, apoyándose en las tesis de los más profundos politólogos especializados, para concluir que no hay dictadura redentora.

El reflejo de las consecuencias de las dictaduras en la literatura, pintura, escultura, danza, arquitectura, cine, etc., significa subversión al poder temporal y a la personalidad autocrática. Llega en sus puntos finales a estimar la libertad como el patrimonio de las auténticas democracias y expresa su esperanza de un futuro próximo que conlleve la desaparición de las dictaduras.

La información que nos brinda esta obra es de consulta obligada, no sólo para juristas especialistas en el tema, sino para todos aquellos que tenemos inquietudes en el conocimiento y análisis de los movimientos políticos contemporáneos americanos, pues el Dr. Arriola nos inicia desde el comienzo de dichos movimientos en la Historia y nos deja en las realidades más presentes. De enorme utilidad es la bibliografía que aporta y el apéndice documental.

LAURA GONZÁLEZ PUJANA

LITER MAYAYO, Carmen; SANCHÍS BALLESTER, Francisca; HERRERO VIGIL, Ana: *Cartografía de España en la Biblioteca Nacional, siglos XVI-XIX*. Editorial Biblioteca Nacional. Madrid, 1995. 2 vols. (370 + 453 páginas), 1.720 fotografías.

La cartografía aparenta ser fruto de un arte y un oficio: parece ser el ejemplo más genuino de lo que lleva el eufónico nombre de artes aplicadas y oficios artísticos. Llegó a ser una ciencia y ha devenido en una técnica. Pero, por encima de adjetivaciones merecidas y justas valoraciones, la *monumenta cartographica* constituye una documentación histórica de primera magnitud y, con frecuencia, un monumento artístico de altísima calidad. Es por ello que, aunque su origen sea fundamentalmente geográfico su principal repercusión es histórica; la cartografía se presenta como el ejemplo paradigmático del nexo interrelacionador de la materia geográfica e histórica.

La cartografía, *lato sensu*, surge espontáneamente, como necesidad imperiosa de deslindar tierras, propiedades, de replantear cultivos tras avenidas fertilizadoras o no, para sintetizar una idea, unos hechos, una ruta o un espacio. Pero en sentido estricto se hace inevitable para el conocimiento del propio territorio, imprescindible en espacios de frontera, en territorios en litigio, en áreas conflictivas.

En todos los casos su lema bien podría ser «conocer para explotar», dando a este infinito un valor literal de rentabilidad, obtener beneficios, aprovechar el territorio, los recursos, etc. Conocer para explotar; he ahí la razón del impulso oficial y privado dado a la cartografía en todos los tiempos, la petición de informes y descripciones geográficas (en ocasiones verdaderas «cartas en prosa») y cartografía convencional; en ocasio-

nes el objetivo puede quedar camuflado bajo enunciados tan eufemísticos como «conocer los secretos de la tierra», pero siempre se deja traslucir intereses fiscales, de dominio, de control, de planificación que pretende la ordenación o reordenación, financiación, explotación de recursos y optimización de medios; frecuentemente, también de hombres.

Toda la información recibida o reclamada era volcada en gráficos sintéticos y, generalmente, estéticos y hasta artísticos: las cartas o mapas. Una documentación rica y abundante que enriquecen las cartotecas del mundo y que hacen de la que se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid una de las que se deben conocer, apreciar, tenerse en cuenta y consultar, tanto por la calidad como por la cantidad de los ejemplares que en ella se atesoran. Solamente el catálogo de los fondos relativos a España, en hojas sueltas, sin contar los que se hallan en atlas, manuscritos, libros o colecciones facticias, sobrepasan la cantidad de mil setecientos, anteriores al año 1900.

En estos fondos se hallan materiales realizados a instancias de la Corona, colecciones reales y de autoridades locales o regionales; pero también los hay efectuados por o a petición de eclesiásticos, particulares, militares y marinos o, sencillamente, para ilustrar diferentes obras literarias. El resultado son estos mapas regionales, generales, corográficos, planos o topográficos; en relieve, impresos, grabados o manuscritos; de todos los tipos, escalas, épocas y proyecciones; y sobre cualquier tipo de soporte; de autoría española o foránea.

Un cúmulo de materiales cuyo manejo continuado es dañino para su conservación, cuya consulta resultaba tediosa, laboriosa y fatigosa para el investigador, carente de un instrumento de aproximación y acceso con garantía, rapidez, efectividad y fiabilidad. Ese instrumento de calidad existe ya; fue presentado por Carmen Liter Mayayo, directora de la Sección de Cartografía de la Biblioteca Nacional, en la sesión académica de la Real Sociedad Geográfica del día 3 de abril de 1995.

Este apartado del corpus cartográfico de la B.N. ha sido acumulado en un proceso continuado cuyo enriquecimiento sigue vivo por lo que no sólo irán percibiéndose la ausencia de los últimos que vayan incorporándose sino que el catálogo a que hacemos referencia exigirá, pasado algún tiempo, una *addenda*. Primero fueron llegando mapas según iban realizándose, de forma parcial hasta que, en el siglo XVIII, la labor de levantamientos cartográficos se efectuó de una manera sistemática. Los primeros se iban acumulando en la Biblioteca Real (desde los tiempos de Felipe V) donde se juntan a los ejemplares procedentes de la época de los Austrias, que se habían custodiado en el viejo Alcázar madrileño. A todo ello se añadió el fondo reunido en el Gabinete Geográfico anexo a la Secretaría de Estado y del Despacho Universal que creara Godoy (1795). Evidentemente de este proceso acumulativo es la riqueza de materiales cartográficos que se consiguió reunir; una colección que siguió ampliándose cuando la mencionada Secretaría de Estado se transformó en Ministerio de Estado y, posteriormente, en 1913 (algunos ejemplares fueron a parar al Archivo General de Simancas y al Archivo Histórico Nacional), cuando aquellos fondos quedaron definitivamente depositados junto a los ya existentes, en la Biblioteca Nacional.

La fundación de aquel Gabinete Geográfico en 1795 constituye un timbre de gloria para un Manuel Godoy siempre malquisto y hasta denostado en la historiografía española; un Gabinete que nace de su mano y en el «siglo de las Luces» y tenía como obje-

tivo acumular la mayor cantidad de obras geográficas y cartográficas, de calidad, que los expertos enviados a toda Europa y las propias embajadas pudieran conseguir. Así surgió la denominada Colección Mendoza (de José Mendoza Ríos), a base de los mapas y libros comprados en Inglaterra, Alemania, Rusia y España. En consecuencia un buen núcleo de mapas son procedentes de los principales centros europeos. El segundo es de origen español, era el producido por Tomás López y por los marinos científicos. Y el tercer núcleo procede de los fondos de la Real Sociedad Geográfica que se hallan en depósito permanente en la propia Biblioteca Nacional.

Al efecto, es oportuno reseñar que los fondos bibliográficos y documentales de la Real Sociedad Geográfica (nacida en 1876 y continúa realizando sus funciones) fueron depositados en la Biblioteca Nacional en 1971, donde se hallan perfectamente conservados y son de muy fácil acceso al usuario. Esos fondos de la RSG (SG en las signaturas de la Biblioteca Nacional) se componen de más de 10.000 títulos (entre folletos y libros), 1.250 revistas y 8.250 mapas.

Aparte de la referencia dada sobre los materiales procedentes de la Real Sociedad Geográfica, alguno de cuyos ejemplares es de primerísimo nivel, como indicaremos, debe hacerse mención especial de Tomás López. Se trata de un cartógrafo de gabinete, que no hizo trabajo de campo pero que dispuso de todos los materiales precisos para hacer un trabajo importante. Bien preparado en Francia (fue discípulo de d'Anville y se puso al día de los progresos en las técnicas cartográficas y auxiliares), careció en España de los medios necesarios para desarrollar su trabajo; inmediatamente tuvo la ayuda eclesiástica para que los párrocos respondieran a sus encuestas, con la disparidad de datos que esa metodología iba a proporcionar. Su aportación es sin duda importante, tanto más cuanto su tenacidad con alguna dosis de tozudez le hizo llegar a ser un excelente grabador y devino en autoeditor de su cartografía. López hizo el primer mapa comercial, completo, que constituyó el éxito editorial de la segunda mitad del siglo XVIII y, aunque murió en 1802, aquella carta tuvo vigencia hasta mediados del XIX. Sus hijos completaron su obra editorial.

De mayor calidad técnica fue el proyecto que encargó Felipe V a dos frailes jesuitas, los padres Martínez y de la Vega (1739-1743). Se pretendía la realización de un mapa de España, al detalle, técnicamente bien hecho y que recogiera las divisiones administrativas según los Decretos de Nueva Planta. Lamentablemente inconcluso (falta la región del noroeste) por no poderse concluir las operaciones geométricas. La obra fue realizada en 36 hojas y no llegó a publicarse. Constituye la joya de la Cartoteca de la Real Sociedad Geográfica.

Mención especial podría hacerse, si no fuera improcedente en este momento, de Tofió, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de otros marinos, de la creación de Academias, Gabinetes y Jardines, de los progresos de la ciencia, de la renovación de las técnicas de «conservación de la hora», cálculos de la longitud y de su aplicación a la cartografía, del recartografiado hidrográfico de España y América, etc.

Lo que verdaderamente importa aquí y ahora es que todo ese elenco de cartas y cartógrafos españoles de los siglos XVI a XIX en la Biblioteca Nacional han sido perfectamente catalogados por Carmen Liter Mayayo y sus dos colaboradoras citadas. El sistema usado ha sido el más moderno en el género y para este tipo de documentos, el aprobado y reconocido por los organismos internacionales especializados y por el español com-

petente, como indica el catálogo (p. 31) se han seguido las normas ISBD (CM), International Bibliographic Description (Cartographics Materials), y las de catalogación de Materiales Espaciales del Ministerio de Cultura. Toda la información ha sido vertida al formato IBERMAC y es accesible en la Base de Datos ARIADNA de la Biblioteca Nacional.

La ficha tipo es completa pero sencilla: encabezamiento por lugar geográfico principal o en su defecto por el área más extensa y se han incluido cuantas entradas secundarias han sido necesarias. A continuación hay una descripción breve pero precisa: título, autoría, fecha, procedencia, características, escala, medidas; asimismo una sucinta explicación del contenido, los datos bibliográficos conocidos y la signatura exacta del ejemplar o los ejemplares. Y lo que es de destacar, una fotografía nítida del ejemplar base de cada ficha. No se puede pedir más al catálogo, pues la calidad de la edición es excelente con una práctica ausencia de erratas muy meritoria (las detectadas por las propias autoras son escasas —menos de media docena en más de 1.700 fichas y 125 páginas de índices— y fácilmente subsanables por el experto).

Es de destacar y quizá sea lo más laborioso, útil y menos agradecido para las autoras aunque digno del mayor agradecimiento, los extensos índices —cinco— elaborados con minuciosidad y cuidado; un elemento fundamental para hacer de esta obra la herramienta, que es, de uso imprescindible en el estudio e investigación sobre la Historia de la Cartografía y para el análisis y conocimiento de muchos aspectos de la Geografía y la Historia de España.

Los índices merecen ser enunciados aquí para mayor difusión de la importancia de la obra, para impulsar aun más, si cabe, la necesidad de conocer este magnífico catálogo: Primero hay un índice alfabético de autores (considerándose como tales los intelectuales y materiales; principalmente el cartógrafo pero también, o en su defecto, el grabador, editor, etc.); además, con cada uno aparecen las obras que se le relacionan.

El segundo índice es, asimismo, alfabético de todos los lugares geográficos que aparecen en el encabezamiento y en todas las entradas secundarias; con cada nombre se relaciona cronológicamente, los mapas que corresponde.

El tercer índice es el alfabético de materias. Es el más difícil; si se pretende contentar a todos los investigadores: las autoras han optado como más simple, el del «Tesaurus» de la Biblioteca Nacional para la cartografía.

Los dos últimos índices tienen la extensión precisa y, comparados con los precedentes, no tienen tanta entidad: son el cronológico, por siglos, y el, muy útil, de los otros catálogos existentes sobre fondos análogos que se conservan en otros centros españoles.

Como última indicación descriptiva del catálogo debe ser conocida la ordenación que las autoras han hecho de sus contenidos (p. 32):

I. Mapas de España

Generales.

Especiales. Parciales. Comunidades Autónomas (con una ordenación alfabética provincial) y otras divisiones territoriales.

Accidentes geográficos (cordilleras, ríos) que abarcan varias Comunidades Autónomas.

II. La imagen de España en los mapas de Europa y en los mapas marítimos

Europa.
Mediterráneo.
Atlántico.

Con esta estructura de catálogo y analizando sus fichas de catalogación se percibe la gran variedad de elementos cartográficos (escalas, soportes, técnicas, medios, autores, etc.), la disparidad de contenidos (desde la imagen ptolemaica a cultivos de vid, triangulaciones geodésicas, taurinos, geológicos, marítimos, hidrográficos, históricos, planos, vistas, de postas, ferrocarriles, telégrafos, eclesiásticos, censos, castrenses, agrícolas, mineros, etc.).

En cuanto al espacio representado, la distribución de las fichas catalogadoras es la siguiente: Diversos de España, 1-341. Por Comunidades Autónomas y provincias: Andalucía, 342-514; Aragón, 515-553; Asturias, 559-596; Baleares, 597-667; Canarias, 668-693; Cantabria, 694-711; Castilla, general, 712-725; Castilla-La Mancha, 726-784; Castilla-León, 785-878; Cataluña, 879-1.060; Ceuta, 1.061-1.077; Extremadura, 1.078-1.083; Galicia, 1.103-1.192; Gibraltar, 1.193-1.219; La Rioja, 1.220-1.225; Madrid, 1.226-1.332; Melilla, 1.333-1.350; Murcia, 1.351-1.383; Navarra, 1.384-1.404; País Vasco, 1.409-1.485; Valencia, 1.486-1.474. Accidentes geográficos: 1.575-1.603. Imágenes de España en la cartografía europea y marítima: 1.604-1.706.

Si hubiera que hacer una mención especial de algunos ejemplares, además de los ya citados, las referencias serían las relativas a algunos mapas regionales: Sevilla obra de Jerónimo de Chaves que publicó Ortelio y, el posterior, de Llobet; Galicia de Fernando Ojea; Aragón de Juan Bautista Labaña y el más tardío de Seyra; Cataluña de Ambrosio Bosano y su complementario de José Aparici: el famoso plano madrileño de Pedro Teixeira; Navarra de d'Abbeville; Valencia de Cassaus y el que publicara Cabanilles; Murcia de Vidal; el de Mallorca de 1764, etc.

La valoración de esta obra no puede ser más positiva. Se ha creado la herramienta precisa para la consulta de esta importante documentación cartográfica. Trabajos como éste son fundamentales y no quedarán en entredicho por más que especialistas en la materia puedan hacer puntualizaciones concretas sobre determinada ficha; es su obligación y es un cometido que no podrían ni tan siquiera abordar si no estuviera hecho este magnífico catálogo. Una obra que da la justa medida de la preparación, dedicación y entusiasmo de las autoras que no pueden esperar más que su trabajo sea aprovechado por los demás y así será, pero no pueden olvidar que es un trabajo ingrato para ellas, porque por mucho que sea explotado, y mucho lo será, raramente aparecerá citado explícitamente, a lo sumo como una referencia más en la bibliografía. Por ello es más justificado que nunca que, además de la merecida valoración positiva que hemos hecho de la obra, quede constancia de la gratitud que debemos a sus autoras.